

Los Ejercicios Espirituales, fuente de la vida y de la acción pastoral de Brochero

Diego Fares S. I.

COMPOSICIÓN DEL LUGAR

La charla quiere ser un sencillo compartir algunas reflexiones sacadas como fruto de la oración con un tema que me apasiona: el amor de Brochero a los Ejercicios. De entre todo el material que va saliendo, me quedé con una lectura espiritual, un capítulo por vez y en la última semana una relectura, del libro del Padre Antonio Aznar¹, que para mí ha sido todo un descubrimiento. Quizás porque la gracia de la canonización pública desencadena en mi corazón una canonización íntima y me hace ver al santo y leer su vida con otros ojos. Me pasó con Hurtado y me pasa con Brochero: que cosas que había leído y me parecían bien, de repente, en algún detalle, me dan más gusto y sentimiento espiritual. Dos títulos de Aznar, por ejemplo, me encanta leerlos y releerlos. Uno dice: “Algunas virtudes del señor Brochero, principalmente la del arte con que encubría los actos de virtud”. Es todo un programa para releer su vida. La verdad es que se enterró bien, como el tesoro en el campo. El otro título dice: “La virtud de la alegría en el señor Brochero, la de hablar bien de todos y la de mostrarse agradecido” (y los aplausos para los demás, que a él le bastaba con que Jesucristo le permitiera trabajar para él). “Sí, tiraba a fiero, en su primer aspecto, pero no repelía” –dice Aznar-; al contrario, irradiaba de inmediato una gran simpatía” y sus compañeros lo amaban por su “bondad sinceramente sencilla”. Lo hallaban “franco y jamás doblado, aunque a las veces callaba y se reservaba” (Aznar 19-20). Forjó amistades con todo el mundo y tiró piales para el futuro.

Brochero muere en 1914 y Antonio Aznar, nacido en Barcelona, llega a Buenos Aires seis años después, el 25 de agosto de 1920 y a partir del 32 vivirá en Córdoba. En 1950, viviendo en la tranquilidad del Noviciado, publica su libro sobre el cura Brochero. Allí dice que había “*recorrido como misionero las regiones atendidas por Brochero durante doce años*” (Aznar 7). *Debió haber comenzado a tomar sus apuntes cuando los primeros bautizados por Brochero (en 1869) son gente de entre 60 y 70 años. Son los que le cuentan, los testigos...*

¿Por qué Aznar? Lo tuve años dando vueltas porque me parecía un libro antiguo, de los que los jesuitas escribían sin notas, un poco novelesco. Hasta que le pesqué el tono y el paso. Me ganó la dulzura y el cariño con que Aznar recoge los testimonios de la gente y los transcribe sin molestar la narración. Y el ritmo de sus capítulos, muy sencillamente dispuestos, como una geografía extendida, en la que la vida de Brochero se lee como viéndolo pasar, desaparece en una quebrada y vuelve a aparecer, seguido por los ojos de los paisanos. Los ancianos decían que cuando “el señor Brochero transitaba junto a sus ranchos, los saludaba bendiciéndoles y seguía en su rezo y que entonces ‘se salían ellos a la puerta y se quedaban mirándolo largo rato por donde se alejaba y siempre repetían:

1 A. AZNAR, *El Cura Brochero en su apostolado sacerdotal. Su vida espiritual y legendaria en heroísmos*, Buenos Aires, Paulinas, 1950 (de ahora en adelante citamos Aznar y el n° de página).

‘cuán bueno es el Señor Brochero’” (Aznar 66). El padre Antonio toma una virtud del santo Cura y desde ella lee un pasaje de su biografía, insertando naturalmente pequeños testimonios de la gente sencilla, de los ancianos a los que sus abuelas les contaron recuerdos cuando eran chicos, en los que se trasluce el respeto y el cariño entrañable por Brochero. El de él para su gente, el de su gente para con él y el de su biógrafo jesuita.

Esto del verlo pasar nos lo narra prolijamente Aznar cuando cuenta cómo fue entablillado a visitar a un enfermo: “Un día viósele sobre la mula, ya hacia el caer de la tarde y enderezando hacia las sierras grandes para asistir a un enfermo, a muchas leguas. ¡Imagínese el lector lo que sería ver por entre los picachos, al sacerdote así entablado en la pierna, que cruzaba sobre su mula, rezando el rosario de gruesas cuentas, como llevaba de costumbre! ¡Observarlo desaparecer por quebradas y barrancas, y que se parecía de nuevo trasmontando, debió serles espectáculo de admiración a los curiosos serranos! Parece novelesco, pero en la realidad fue muy verdadero hecho. Allí se internaba por los desfiladeros para volver a tomar cuestas y seguir las veredas. Pasmados lo miraban pasar y se asomaban de los ranchos, quedando en silencio como compadecidos. Mas llegada la noche salieron también sin duda los ángeles entre los miradores de las estrellas para contemplarlo y aun envidiarlo. Qué temple aquel de valor y de celo” (Aznar 35-6).

Compasión de los hombres y santa envidia de los ángeles. Aznar nos presta ojos para contemplar el celo apostólico de Brochero.

“Nos hace bien –como dijo el Papa Francisco- imaginar hoy a Brochero párroco en su mula malacara, recorriendo los largos caminos áridos y desolados de los 200 kilómetros cuadrados de su parroquia” (Francisco, en la Beatificación).

En el modo de rezar de los Ejercicios, esto que hemos compartido, corresponde a la *Composición del lugar*. Para rezar bien hay que encarnar bien los conceptos, situarlos en su paisaje, imaginar los lugares, las casas y los caminos, las personas... Desde que el Verbo se hizo carne, su Palabra entra mejor si viene con mula y todo, como en el pesebre (y no “desmitologizando”).

Y es importante también la voz y el tono. Oír lo que dicen las personas, sugiere Ignacio. En el libro del padre Aznar encontré, bien ensartadas como en un lindo collar, las perlas de las memorias de nuestra gente. Bien ensartadas, con una voz amable y natural, como la que Borges dice que tiene Cervantes: esa la voz que hace creíble al Quijote, porque se deja llevar² por la fábula de la amistad de don Quijote y Sancho. En nuestro caso, el padre Aznar se deja llevar por la amistad real entre Brochero y su pueblo. Y a nosotros nos hace falta este dejarnos llevar y remansarnos un poco en alguna historia, porque por ahí Brochero nos ha llegado como un montón de anécdotas sueltas que le quitan espesura histórica –narrativa- a su figura. Las anécdotas valen cuando le ponen una pizca más de sal al buen asado de una amistad que comparte historia.

Aznar dice que, como Demóstenes, Brochero tenía la virtud de la pronunciación. Decía las cosas de manera tal que se quedaban grabadas en el corazón de la gente “con esa viveza y armonía y con aquel tono y donaire que requieren los asuntos de que se tratare” (Aznar cap. X). Sus bromas y palabras picantes y graciosas, por un lado ocultaban sus sacrificios y trabajos, no haciéndolos notar ya que la gente se quedaba con la

2 Cfr. J. L. BORGES, *Textos recobrados 1931-1955*, Barcelona, Emecé, 2002, 252-253.

anécdota³, y por otra, lo gracioso hacía que no se olvidaran de la doctrina. Pues bien, Aznar también tiene el don de “la pronunciación”. Y la intención de su libro –cuyos testimonios guardó en notas para los que quisieran escribir una historia crítica o iniciar el proceso de canonización- es “para amena lectura de sacerdotes y seminaristas argentinos en los santos Ejercicios” (Aznar 16). Es un libro con lugar para leerse. Como las vidas de santos que antiguamente se leían en el comedor.

Dicho esto, como invitación y sugerencia a leer a Aznar, nos centraremos en el amor de San José Gabriel Brochero por los Ejercicios como una expresión del amor por su gente. Un amor que encarna lo que sentía Ignacio: “Los Ejercicios son todo lo mejor que yo en esta vida puedo pensar, sentir y entender, así para el hombre poderse aprovechar a sí mismo, como para poder fructificar, ayudar y aprovechar a otros muchos”⁴.

LOS EJERCICIOS EN LA FUENTE DE SU ELECCIÓN DEL SACERDOCIO

Los Ejercicios están en la fuente de la elección del sacerdocio de Brochero. Su decisión inquebrantable es respuesta a un llamamiento incontrastable como califica al llamado del Señor en las Dos Banderas. Esta elección se traducirá en la autoridad con que ejercerá su ministerio, en sus estrategias para ganarse a la gente y en su pedagogía y modo de proceder.

Plática de las Banderas

El exordio de Brochero es original. Elige el pasaje de Tobías (Tb 5, 3-7) como modelo de conducción espiritual, pero pone no uno sino dos ángeles. Brochero nos presenta a Tobías en camino y se hace la pregunta de qué hubiera pasado si en vez del Arcángel Rafael en forma de joven se le hubieran presentado dos por compañeros y conductores: uno el Arcángel y otro Lucifer; y si Tobías le hubiera vuelto las espaldas al Arcángel y hubiera elegido a Lucifer ¿no se hubiese precipitado por sí mismo en el mayor infortunio que puede imaginarse?

Podemos sentir que, como pueblo, nos toca más lo de “dos conductores” –dos caudillos, dice Ignacio- que el planteo abstracto de seguir un ideal o la imagen de dos banderas. Hace más a nuestra idiosincrasia y la gente entendía bien lo de a qué conductor seguir y por quién dejarse acompañar.

3 “Refiere un sacerdote anciano y que era entonces seminarista, que hallándose en Villa del Tránsito, acudió el Obispo para confirmación. Sin tomar cosa alguna se estuvo el Señor Brochero todo el día, atendiendo a los que iban llegando, preparándolos en la Iglesia. Era ya de tarde, terminado el banquete, pudiéndose haber sesteado. Continuaba el señor Brochero en la Iglesia arreglándolo todo y me hizo llamar, y puestos unos bancos en orden, me dijo : ‘Andad al Señor Obispo y decidle, que dice Brochero, que ya las herramientas están listas; que cuando guste puede venir a hacer la operación’. Y se rió. Al expresárselo así al señor Obispo sonrió también y dijo: ‘Siempre Brochero será el mismo’. Pero yo quedé muy pensativo admirando que con el chiste, tapó sus sacrificios de aquel día, mientras nosotros habíamos comido y descansado” (Aznar 151) .

4 IGNACIO DE LOYOLA, santo, *Carta a Manuel Miona, 16 de Noviembre de 1536*. Monumenta Ignatiana, v.1, 113.

La vida, pues, como viaje y dos conductores que se nos ofrecen: Jesucristo y Lucifer. “¿A cuál de los dos queréis seguir, mis amados? Y qué ¿habréis perdido el juicio para abandonar a Jesús y seguir a Lucifer? ¿Os aborrecéis tanto para abandonar al conductor del cielo por seguir al conductor que lleva al infierno? Ah! No hagáis tal cosa, mis amados. Por el contrario seguid a Jesucristo hasta la muerte y alistaos bajo de su bandera, por el camino que conduce con seguridad al Padre, la verdad que descubre todos los engaños y asechanzas de Lucifer, y la vida donde se encuentra la bienaventuranza eterna” (CEA 59-60). Así resonaban las apostrofadas del cura en aquella noche de ejercicios espirituales...

Llamamiento incontestable

“A este fin –continuaba- voy a explicar en esta noche la consideración que San Ignacio llama ‘de las banderas’ la que alentará más y más vuestro corazón y le dará más bríos para seguir muy de cerca de Jesucristo. Porque, siendo verdad que Él nos convida a empresas verdaderamente difíciles y arduas, quizás nuestro corazón tendría menos ánimo para seguirle si no se hallase reforzado por la eficacia de un **llamamiento incontestable**. Esto obra poderosa y suavemente la consideración de las banderas... que ha formado tantos hombres y tantas mujeres eminentes en santidad, porque esta consideración hace elegir estado de vida al que no lo tiene y hace reformar lo malo del estado que ya se ha tomado, punto -sobre todos- importantísimo” (CEA 60).

Vemos cómo Brochero va a la yugular de los Ejercicios: la elección o reforma de vida en su raíz. Allí donde se alimentan las costumbres y los hábitos, allí donde la gracia y el pecado no son hechos puntuales sino afectos (ordenados los de la gracia, desordenados los afectos al pecado). Brochero apunta allí donde hay un llamado del Señor que es concretísimo y personal, para cada uno. Este llamamiento incontestable es para él una experiencia fundante. Su principio y fundamento, como dice Ignacio.

Decisión inquebrantable

Si uno lee las dos cartas del joven Brochero a su Obispo Ramírez de Arellano, al comienzo y al final de sus estudios de Teología, no se aprecia a simple vista la fuerte lucha espiritual que vivió durante su adolescencia y juventud.

Dice en la primera carta (1862): “Habiéndome sentido desde mis más tiernos años inclinado al estado sacerdotal- he practicado medios conducentes a examinar mi vocación y adquirir –en cuanto lo permitan mis fuerzas- la idoneidad que para tan santo estado se requiere”⁵. En la segunda, cuatro años después (1866), en la que pide las órdenes, dice: “He examinado nuevamente mi vocación, y permaneciendo firme en el propósito de consagrarme al servicio de Dios Nuestro Señor y de su Santa Iglesia por medio de las órdenes mayores (...) estoy dispuesto a tomar oportunamente los Ejercicios Espirituales”⁶. El padre Aznar refiere que Brochero a los 26 años, terminados sus estudios de Teología, hizo por primera vez los Ejercicios de San Ignacio, aconsejado por el padre Bustamante, a quien le contó que: “En una meditación quedó tan en claro la duda que tanto lo atormentaba que tomó la resolución inquebrantable de ordenarse” y también de “trabajar

⁵ El cura Brochero. Cartas y Sermones, Buenos Aires, Conferencia Episcopal Argentina, 2013. (De ahora en adelante citamos **CEA** y el nº del documento).

⁶ **CEA 2**.

en los Ejercicios” (Aznar 24).

Cuál era esa duda? La palabra “idoneidad” de la primera carta quizás nos permita entrever algo sin caer en indiscreciones. Brochero le había manifestado sencillamente a un amigo que: “se le presentaba en su mente el sacerdocio como ministerio digno solo de hombres superiores” (Aznar 24). “Su espíritu fluctuaba y su corazón sufría con esta indecisión (que quizás no parece gran cosa si uno sigue el desarrollo parejo de su vida desde afuera). No entendía claro qué estado debía tomar, si acaso el eclesiástico, cuyas puertas se le abrían. Hasta andaba pensativo y abatido, en medio de fuertes ansiedades” (Ibid.). En medio de esta duda vocacional que lo tenía preocupado y ansioso, Brochero hace los Ejercicios y se le clarifica tanto la duda que toma la resolución **inquebrantable** de ordenarse. Dice que se “formó tan alta idea de aquellos santos retiros y de la utilidad para las costumbres de los hombres, que si alguna vez llegaba a ser cura, procuraría construir una gran casa, consagrada a ese objeto” (Ibid).

Vemos aquí expresada en pocas líneas, lo que son y provocan los Ejercicios. Allí donde el joven José Gabriel tiene su lucha, la tensión entre la conciencia de sus limitaciones y lo radical y exigente del llamado, allí recibe una ayuda y claridad que él convierte en elección inquebrantable y que será la fuente mansa e incesante de celo y de creatividad apostólica.

Si no se experimentan estas dos radicalidades –la del propio límite y falta de idoneidad y la de lo alto y grande del llamado- los Ejercicios no encuentra “sujeto” como decimos jesuíticamente. En Brochero encontraron uno superior. No por tener esta o aquella virtud, que esa era la fuente de sus dudas, sino por tener el coraje de arremeter contra su límite real confiado en la grandeza real de Dios. Me atrevería a formularlo diciendo que su tentación era mirar demasiado su “no estar a la altura” por naturaleza y allí mismo el Señor lo hizo ponerse a la altura de su misión **por pura gracia** y él trabajó por mantenerse allí cada día de su vida.

LOS EJERCICIOS EN LA FUENTE DE SU ACCIONAR PASTORAL

La autoridad en su ministerio

La elección inquebrantable se traduce luego en mil actos cotidianos, pero el molde ya está puesto: el Brochero que en nombre de Dios se lanza al río agarrado a la cola de su mula para ir a socorrer a un alma, es el mismo que ya se había arrojado a su mar de dudas y al que el Señor que lo había sacado clarificado y decidido en su vocación. Es el mismo Brochero que se pondrá a trabajar solo apenas ve que los del pueblo no lo ayudan e irá trayendo un día un atadito de leña para vender, otro unos chivos y corderos, otro una vaca...

Una vez que ha experimentado en Ejercicios que, si persevera con paciencia en la desolación, el Señor lo consuela pronto y lo hace vadear cualquier río o pantano, no hay obstáculo que lo detenga ni dificultad que lo desanime. Esa decisión inquebrantable no es algo así nomás, algo suyo, personal digamos, es el clavo apostólico que Brochero clava en su curato, poste firme del que sale y al que vuelve en cada misión, sin moverlo ni un tranco de pollo; es su principio y fundamento, como esa piedra fundamental que tira en el pozo para fundar la casa de Ejercicios “fregando al diablo”.

La inquebrantable decisión, aceptada por el Señor y la Iglesia que le confía su parroquia se deja ver en su trato con gente de todo tipo.

Tomemos tres pequeños ejemplos. Uno con un hombre común: el conflicto que tuvo con el Jefe de la oficina de Estadísticas, que con pretensiones de burócrata lo ningunea y le requiere “acuses de recibo” de cada dato corregido del censo de población que tiene a su cargo. Brochero lo ubica diciéndole que acusa recibo de su última carta y le *ordena* (el otro le había dicho irrespetuosamente que él no recibía órdenes de quienes no les correspondía dárselas) que no le mande más ninguna so pena de no recibir más acuse de recibo que esta que le mandó. Y le dice que si no tiene tiempo para cumplir con sus tareas pastorales menos lo tiene para responderle a él. Con la misma autoridad le dirá a Juárez Celman: “Haced una gauchada, carajo, y vení a ver la obra antes de que te vayas a Buenos Aires” (CEA 75).

Otro ejemplo, en su relación con un par, con el cura de la parroquia vecina. Se ve en cómo actúa cual Abraham con Lot cuando el cura al que él mismo puso en el otro curato le quita la licencia para hacer un matrimonio. Brochero le dice que le obedece, pero que él no le quita al otro ninguna licencia en su curato, para que vea que no lo considera “ni pantalla ni poste de esquina del curato”, como había expresado el otro cura diciendo que el Obispo no lo había puesto de adorno. Brochero actúa como quien tiene autoridad. Sabe mandar, esperar, ceder, ordenar y pedir perdón cuando corresponde, sin asomo de duda. Sus largas cartas son invitación al diálogo y abren resquicios por todos lados para que se meta el buen espíritu de Dios en las complicadas relaciones humanas.

En cada acto Brochero “actúa” su decisión inquebrantable, vencido en Dios su sentimiento de inferioridad, actúa como quien tiene autoridad en todo lo que hace. Se convierte en un polo de atracción, con su capacidad de humillarse y de recibir humillaciones, que se trastocan en autoridad moral y en coraje apostólico. Humillarse como en el caso de la Rectora de las Esclavas, en esas luchas por espacios de poder (en este caso el comedor y las visitas que traía Brochero y a las que les pedía a las monjas que también les cocinasen). Cuando la superiora le saca a la Rectora y a dos monjas más, Brochero le dice que con tal de que no se las saque, ya que tanto las necesita la gente, hasta le pagaría 200 pesos para que la deje, aunque sea Rectora toda la vida, siendo que estaba dispuesto a pagarle mil para que se la sacara, y que él es “loco por las religiosas”⁷.

Ha tenido el cura el arte de los santos de ocultar su santidad, como lo hacía en vida, hasta que Dios la desvelaba a los ojos de la gente. Los humildes han sido los primeros en verla y en experimentar sus frutos, pero llega la hora con su canonización, de revalorar lo que significa la canonización en cuanto a declarar santo universal a lo que fue hecho santamente en lo particular. Adquiere así su vida estatuto de interpelación para los presentes, ya que muestra el camino que debemos seguir mejor que un dogma o una ley canónica o un plan pastoral diocesano. Lo muestra yendo adelante con el ejemplo y animando a leer su vida y a contrastarla con la nuestra bien en concreto.

Los criterios de discernimiento

EL CRITERIO DE LA DIFERENCIA ENTRE LOS BIENES MEZQUINOS Y BREVES Y LOS BIENES ALGO LEJANOS PERO CIERTOS

7 G. RIVERO, *Yo soy yo*, Buenos Aires, Patria Grande, 2013, 84.

Después de su original introducción que establece el accionar contrario del buen espíritu y del malo, Brochero lee los puntos de las Dos Banderas y comienza su comentario.

De nuevo la imagen de “dos capitanes en campaña”. El modo de hablar es entrador: “Cada capitán ofrece sus bienes: el uno, presentes, es verdad, pero mezquinos y breves; el otro, algo lejanos, como venideros, pero ciertos”. Y advierte a los paisanos: “Ahora vosotros, antes de extender la mano..., antes de entrar el pie en la cadena de Luzbel o poner el cuello en el yugo de Jesucristo, mirad bien tales bienes y comparad unos con otros” (CEA 62).

El comparativo es característico de Ignacio. Sopesar y zarandear las cosas y los bienes comparándolas es lo que permite discernir. Y el primer discernimiento de Ignacio fue comparando alegrías –pasajeras, las que le brindaban los libros de caballería; duraderas, en cambio, las que le venían de la lectura de la vida de Cristo y de los santos.

Luego de la comparación entre bienes mezquinos y breves y bienes algo lejanos pero ciertos, Brochero hace hacer una oración a Jesucristo -“con este solo fin te ofrezco el corto sacrificio que hago al oír tu palabra”- y cierra pidiendo ayuda a la Virgen. El fin es claro: va directo a la capacidad de elegir: “Para que forméis en esta noche una resolución eficaz de seguirlo muy de cerca y vivir conforme a su espíritu, os voy a pintar en campaña a dos capitanes...”

Brochero mueve los afectos, abre el panorama, concreta una petición, hace ofrecer algo posible, cierra y cosecha una gracia.

EL CRITERIO DE LA LUCHA ESPIRITUAL SIN TREGUA NI ESPACIO A LA NEUTRALIDAD

La pintura sigue el esquema de Ignacio, pero es más compleja. Brochero presenta a los dos conductores, pero no de una vez sino yendo y volviendo de una bandera a otra. Va de la bandera de Lucifer a la de Jesucristo, vuelve a la de Lucifer y retoma luego otra vez la de Cristo. Pero no lo hace como quien da vueltas sino en un **crescendo** que pasa de lo moral, digamos, a lo más personal. Veamos un poco los pasos, un poco esquemáticamente:

A. “Poned pues, por un momento los ojos de vuestra consideración a Lucifer” (CEA 63-66).

La descripción de Lucifer no tiene desperdicio: “De su boca, salen llamaradas de fuego como hornillos de quemar ladrillos. De sus narices sale un humo como de olla hirviendo”.

B. “Pero volvamos –dice- a la bandera de Jesucristo! (CEA 66-71).

“Mirad cuán amable es su semblante... como con un modo suavísimo llama y convida a que le sigan”.

La consideración toma el hilo del posible discurso que hace el ejercitante y lo va ayudando a ponderar bien las cosas, sin apuro. Pasa de un “es verdad que Jesús impone leyes duras...” a un “pero (también es verdad que) concede juntamente gracias extraordinarias...”

Y agrega: “Pero supongamos que no quiera favorecernos con gracias extraordinarias ni endulzar la amargura de su ley con el maná de sus celestiales dulzuras... ¿No debiera basta con la promesa de un término bienaventurado y sin fin?”

Y concluye: “Pero no se porta así con sus soldados el Capitán del cielo...”

Y sin embargo..., “no consigue traer a la mayor parte de los cristianos a su bandera...”

A. “Pero volvamos –dice nuevamente- a la bandera de Lucifer

para acabar de considerar lo falso de sus promesas, lo amargo de sus bienes y su poca duración” (CEA 71-73).

Al demonio lo pinta como caudillo traidor: “se introduce con embustes y desprecia a los que traicionaron para servirlo” (ejemplo de Mahoma con el capitán renegado).

B. “Pero volvamos –ahora de modo más personal y en diálogo- a la bandera de Jesucristo para ver si siempre con nuestras buenas obras lo hemos proclamado como nuestro legítimo Rey y si en todos los días de nuestra vida lo hemos seguido...” (CEA 73).

A. Improperios de Lucifer (CEA 73-74)

B. Justas quejas de Jesús (CEA 74-75)

C. Coloquio nuestro: ¡Ay no Jesús mío, no! Ya estoy resuelto a librarme de la dura esclavitud del Demonio.

Vemos cómo Brochero nos ha hecho entrar en un nivel personalísimo, en el que hace hablar a Lucifer (y ahí está todo, que como el diablo es bocón, cuando habla se deschava) despreciando a Cristo ante nosotros y hace hablar al Señor que se nos queja como haría un buen amigo. Hace surgir lo que Ignacio llama el coloquio, que brota como respuesta irresistible a lo que nos dicen los dos capitanes.

Brochero hacía hablar a la gente, se les metía respetuosamente, pero se les metía, en su diálogo interior, mezclándoseles con sus palabras, hasta hacerlos hablar con el Señor.

Por eso digo que es maestro de oración, que sabe meterse no solo en las palabras sino en modos, en los tiempos y en los lugares de su gente. Veremos más adelante cómo hace rezar a la gente al despertarse, sentados en la cama (ya adopté esto de rezar Padrenuestro, Ave María, Gloria y credo sentado en la cama) y al irse a dormir; como enseña a pedir la bendición y a insistir en las oraciones de petición y de dar gracias.

Con sus gestos los obliga a decir sus “no”: “No tolero que haga esto ante mí, levántese”, como hizo decir a don Guillermo Molina cuando estaba empacado y no le quería hablar. Brochero se hincó de rodillas para pedirle perdón por un destrato y el otro no aguantó el silencio (Aznar 63)... Su ejemplo acarreado troncos, les hace decir un “sí”, cuando invitaba a colaborar a uno que pasaba, tirando de la carretilla un rato, mientras él mismo estaba al trabajo...

Eso en el fondo son los Ejercicios: un hacernos hablar con Dios y enseñarnos quién nos habla y cómo responder. Los Ejercicios ayudan a poner el alma en diálogo con el buen espíritu y a escaparle a los diálogos tramposos con el mal espíritu (con el que no hay que dialogar) y del ensueño de los monólogos pretendidamente racionales y neutros de la posmodernidad.

EL CRITERIO DE LA DILATACIÓN DEL CORAZÓN

Plática sobre la última Cena⁸

En la plática sobre la última cena se ve cómo se fija Brochero en la “dilatación del corazón” del Señor. Más inmediato e interiormente constatable que la comparación entre alegrías duraderas y efímeras, es esta dilatación del corazón ante el Bien verdadero. Brochero nos hace ver cómo se ensancha el amor de Dios por sus creaturas de manera única y desmedida en Jesús. Escuchemos cómo habla en esta plática de la cuarta semana de Ejercicios, la de la pasión:

“Con qué brevedad, pero con qué precisión expresa San Juan el último esfuerzo de amor de Jesucristo hacia mí, hacia Ustedes, hacia el hombre: “habiendo amado a los suyos... los amó hasta el fin” (Jn 13). Quiere decir San Juan en estas palabras que, si bien es cierto que el hombre Dios en todos los días de su vida mortal amó al hombre (...) al despedirse del hombre para volverse al seno del Padre ensanchó su amor; le hizo tomar mayores proporciones, y tuvo en su alma un amor tan grande, tan excesivo y tan tierno que no lo podía contener en su corazón, sino mediante una unión estrechísima con el hombre, y mediante una asimilación completa con él, que era el blanco, el centro y el fin de su amor. Este amor grande, excesivo y tierno lo manifestó Jesucristo en la última Cena cuando dijo a los Apóstoles: ‘con gran ansia he deseado celebrar, comer con vosotros esta Pascua antes de padecer’” (Aznar 81-82).

Brochero habla de este amor en términos de locura: “el amor cuando se propone hacer el bien al objeto amado no busca la razón de sus actos, o más bien, carece de ella y se deja arrastrar por el impulso de su deseo y de su pasión” (Aznar 86).

Podemos describir a Brochero como un hombre de corazón dilatado. Se le ensanchaba el corazón cada vez que tenía que arremeter con una obra nueva para salvación de las almas, fuera una confesión personal, fuera una casa de ejercicios o un camino. Se le ensanchaba el corazón en vez de achicársele. Esto sucede sólo cuando las obras provienen del amor. A un padre o a una madre, a un amigo, cuando tiene que emprender algo en bien del que ama, cuánto más arduo sea más se le ensancha el corazón. Si no es por alguien a quien se ama incondicionalmente, llegado a cierto punto el corazón se queda ahí o se encoge. Este es el criterio último propio de los Ejercicios, que permite discernir si el momento que vivo está orientado a Dios o no. San Ignacio lo expresa cuando dice que la consolación es “todo **aumento** de esperanza, fe y caridad y toda leticia interna” (EE 316).

LOS EJERCICIOS EN SU PEDAGOGÍA: MODOS Y ESTILO

8 CEA 77 ss.

Apostar al tiempo, discernir el momento

La manera de entrar entre la gente de Brochero era la misma que le aconsejaba a un cura más joven: que entrara despacito en el pueblo, sin dar coces a los masones y contras, porque las coces hacen roncha y la roncha escuece. Que entrara como la mula entre ganado bravo, despacito y abriendo paso con el anca. El hacía así hasta que veía por donde podía entrarle a la gente. “Callate a todo y hazte paso muy de a poco con el anca, como lo ves en la mula cuando se halla entre mucha hacienda, grande y brava. Andate abriendo camino de a poquito y despacio; pero con cuidado de no herir, y trabajando” Así el señor Brochero lo practicaba.

Aznar desarrolla de manera singular tanto la primera tanda en Córdoba, y luego, 6 años después, en la Santa Casa. Los capítulos VI y XII, pueden ser buenos ejemplos de la pedagogía de este corazón que se dilata por gracia de amor en el tiempo, que sueña las cosas a largo plazo y va poniendo los medios con paciencia y perseverancia a cada momento.

Llama mucho la atención la discreción del cura que, luego de dos años en la parroquia, pensando en la casa de ejercicios soñada, comprende que primero tendrá que hacer gustar los frutos de los Ejercicios a la gente.

Con sagacidad reflexiona que: “acometer semejante empresa por aquellos años en que todavía no se habían experimentado los saludables efectos de los santos Ejercicios, habría sido humanamente hablando, una temeridad” (Aznar 37).

La estrategia de Brochero será múltiple. Aznar lo muestra, por un lado, ocupado en conseguir plata en Córdoba para la primera expedición. Al mismo tiempo, invita a los más influyentes con poco éxito, como en la parábola, y entonces sale a invitar a todos.

Aquí se detiene Aznar a contar algunas anécdotas acerca de cómo Brochero era buen fisonomista y recordaba a la gente por nombre. Como para decir que se los fue ganando de a uno y con nombre y apellido, yendo a buscar a algunos más hostiles, apuntando primero a los hombres como jefes de familia para que después mandaran a sus mujeres e hijos, y siendo capaz de rogar hasta de rodillas, cosa que a algunos dejaba congelados y a otros conmovía tremendamente.

La primera tanda de ochenta paisanos fue cuidadosamente preparada. “Al señor Brochero no se le pasaba nada” y los paisanos sabían que mientras ellos rezaban él encontraba tiempo para darles pasto a las cabalgaduras que pastaban en la quinta cercana de los jesuitas –en Santa Ana, en Alberdi.

El regreso de la comitiva fue también muy cuidado. Hizo que fueran recibidos con fiesta y asado y en la fiesta los mismos ejercitantes se encargaban de transmitir lo lindo y provechoso de los ejercicios.

Para concluir la experiencia, Brochero selló la cosa en un momento de modo aparentemente trivial: protesta que “el cura había hecho todo lo que estaba de su parte para que se salvaran si querían” y que si uno se empeñaba en condenarse que “se lo llevarán mil diablos”. Todos rieron y se gozaron de la salida, pero les quedó para siempre la frase en la memoria.

Una frase ingeniosa cerró en un momento 2 años de preparación bien planificada y de desvivirse en cuidados y atenciones para con todos. Brochero hizo gustar los Ejercicios durante 6 años años, hasta que maduró el deseo de hacerlos en gran número de personas que no podían ir por la distancia y ahí sí, puso la piedra fundamental de la Casa de Ejercicios.

Los Ejercicios, a los que al decir del Padre Bustamante, Brochero “le había ido tomando experiencia” (Aznar 25) inculcan esa pedagogía de poner tanto cuidado en preparar la oración y luego en examinarla, en reflexionar para sacar provecho y en confirmar los frutos. La de Brochero es una espiritualidad totalmente volcada a la práctica, puesta en eso que dice San Pedro Fabro que debe hacer el hombre de acción y que es rezar y pedir y reflexionar sobre aquellas virtudes que se orientan lo que tiene que hacer y no al revés, buscando una oración que trata de salirse un rato de las ocupaciones pastorales.

Brochero daba los Ejercicios (aunque parecía que los daban otros)

Agosto de 1877: la primera tanda en la nueva Casa. Se juntan más de 700 hombres, que vienen en caballerías, en sulkis y de a pie.

Brochero hace llevar los animales al lugar destinado y él mismo se encargará como siempre de cuidarlos. Esta tarea no la cedía a otros: en eso mostraba su cariño a sus serranos.

La comida es mejor que en los ranchos: sopa, guiso, pan recién horneado, melocotones... algún asado. Platos hondos grandes y abundantes.

No hay revoque y el piso es de tierra. Se acomodan en sus aperos y ponchos. Braseros para calentar agua para el mate siempre y por varios lados...

A la señal de Brochero comienza el silencio que nadie corta y pasan a la Iglesia. Harán cuatro meditaciones por día. Brochero les lee en las comidas y les canta a la noche saetas – *Benignísimo Jesús, cuánto lloraste por mí. Oh cuántas penas sufriste, por ganarme para Tí*”- tocando una campanilla para que duerman pensando en lo que han de meditar.

Hace rezar en cada cuarto al de más edad el Padrenuestro: “Recen con mucho sentimiento por todos los que han entrado en Ejercicios y se hallen en pecado mortal”. A la mañana la misma campanilla (que quedó en la memoria) y una saeta. “Hermanos levántense a alabar al Señor y a la Virgen”.

Él se reserva la instrucción sobre los mandamientos y el examen de conciencia y los da en general y a algunos los toma en particular y les enseña, especialmente a los que les cuesta y se resisten a la gracia.

El día de la Pasión, Brochero reparte los rebenques y toma el castigo él por primero: “Se azotaba el señor Brochero despiadadamente y su ejemplo llegaba a enternecer al más duro. Trasladado el Nazareno al comedor, Brochero rezaba de rodillas mientras los ejercitantes comían. El último día todos tomaban la comunión”.

Al despedir a los ejercitantes, la anécdota de su mula malacara, aquel día en que, de repente, “se le cruzó y echó a galope sin que nada la detuviera. Es que habían entrado

por un atajo hacia la querencia antigua del animal... Saltó el Señor Brochero de la mula, ya cabe la cerca y retozó la mula al verse entre las conocidas compañeras. Esto acaecido lo refería con todo pormenor y medida y les añadía: 'Ya ven lo que tira la antigua y vieja compañía y lo de costumbre. Andad ahora muy de aviso y en derecho, porque os vendrán ganas de volver con los amigos del boliche y a las andadas'" (Aznar 100). Esto del boliche me trae a la memoria cómo cuando después de exhortar en la misa con tintes gruesos lo malo del vicio de la bebida a un grupo de fiesteros que escandalizaba a una Villa, terminó diciendo a la salida de misa: "Bueno ahora ustedes "se buscan carnero, se juntan, se chupan, se ríen y cuando ya al fin se acuerdan del cura, exclaman: estos vientos que sobran para el señor Brochero". Rieron todos, pero quedaron tan advertidos que nunca más se vio desorden de vino en la Villa.

Adonde quiero llegar con estas narraciones es a caer en la cuenta de que Brochero, contra lo que comúnmente se dice, era el que daba los Ejercicios. Lo único que no hacía era predicar. Brochero marca los tiempos y apuntala las prácticas y oraciones que los ejercitantes se han de llevar. Admirable capacidad de poner la estructura de los Ejercicios en el corazón de la gente. Y esto se ve en los detalles.

El tipo de cocina que organizó, esas ollas empotradas, que permitían subirse a revolver el guiso sin que afectara el calor y que siempre daban brasas fáciles de sacar, para alimentar los braseros que se esparcían por todos los cuartos y en los que los paisanos al salir de la misa y de las pláticas, encontraban ya calentándose – en sagrado silencio que invitaba a meditar- las pavitas del agua para sus mates.

La idea del cuarto especial para los borrachos, que al venir al pueblo se mamaban antes de entrar en Ejercicios y que Brochero ponía en una pieza especial la primera noche y los aguantaba él, hasta que se recomponían...

Lo de cantarles a la noche y a la mañana las saetas, es entrañable. No se cómo cantarían pero se ve que no sería desafinado ya que se animaba.

También rezaba él el rosario y los exhortaba a continuar esa práctica en sus casas. Y les grababa el padrenuestro por los vivos y difuntos, el padrenuestro a San José y el padrenuestro a San Ignacio. Así como el rezar sentados en la cama Padre nuestro, Ave maría, gloria y Credo.

Al finalizar los ejercicios, los saludaba uno por uno y los besaba como un padre.

Cuentan que en unos Ejercicios predicaba un joven sacerdote jesuita y el Cura escuchaba la plática. El predicador trataba de mover el corazón de sus oyentes diciendo cosas como: "*Acércate hijo mío a esa Cruz, y contempla cómo está lastimado Jesucristo sufriendo por tus pecados*"... Los paisanos oían como quien oye llover. Cuando el padre terminó, Brochero le hizo una seña y le cuchicheó al oído: *Padre, ¡mis paisanos no le entienden! ¡Mire qué cara de bozales tienen! Déjeme a mí predicarles la segunda parte. El jesuita asintió con gusto. Brochero comenzó a decir: Mira hijo lo jodido que está Jesucristo, saltados los dientes y chorreando sangre. Mira la cabeza rajada y con espinas. Por ti que sacas la oveja al vecino. Por ti tiene jodidos y rotos los labios. ¡Qué jodido lo has*

*dejado con los pies abiertos con clavos, tú que perjuras y odias*⁹. Estas “palabrotas” penetraban en el corazón de los paisanos que al poco rato se enternecían y empezaban a sollozar.

Por eso digo que Brochero daba los Ejercicios, aunque hacía creer que los daban sólo los que predicaban las meditaciones. Como hace notar Aznar: San Ignacio no solo puso la eficacia de su método en el convencerse el hombre, meditando, sino en guardar un conjunto de circunstancias o adiciones, para que así estuviera más dispuesto el ejercitante y el Señor se le comunicara, iluminara y moviera. Brochero iba derecho al fin de los Ejercicios, que es la reforma de vida, el quitar las afecciones desordenadas y ayudar a los paisanos a cambiar sus costumbres. Llevaba a los Ejercitantes al máximo que podían dar y la intención suya y sus recursos eran para que “pudieran conservar lo que habían ganado” y atraer a muchos otros, como hizo pedir a todos el día de la piedra fundamental de la Santa Casa: “que pidieran a San Ignacio de Loyola, por aquel celo infatigable con que trabajó en ganar almas por medio de los santos Ejercicios, hiciera se convirtiera un mundo de almas en esa casa, que iba a empezar, para que arrancadas de las banderas de satanás, se afiliasen a las de Jesucristo y no fuese inútilmente derramada esa sangre preciosa. Que él celebraría la Misa a esa intención y rogaría por lo mismo” (Aznar 68).

9 G. VILLAREAL, *Cura Brochero un santo argentino*, Buenos Aires, Secretaría de Culto, 2005, 78.